

PARA LLEGAR A MENÉNDEZ PELAYO: UN CAMINO PERSONAL (NOTAS SUELTAS)

Carlos CAMPA MARCÉ
I.E.S. Ramón Llull (Valencia)

El objetivo de este escrito es dar una visión personal de las dificultades de acceso a Menéndez Pelayo, tanto en la juventud universitaria de quien lo firma como en el momento actual, en que nuestro autor parece una figura casi olvidada. Se reflexiona sobre las razones de ello. Al mismo tiempo se ponderan algunas características de su proceder crítico y del estilo de su prosa.

Palabras clave: Menéndez Pelayo, crítica literaria, estilo, prosa.

A Personal Approach to Menéndez Pelayo

The aim of this paper is to provide a personal insight into the difficulties involved in appreciating the literary criticism of Menéndez Pelayo, who seems nowadays to be a forgotten master. It offers, in addition, a reflection on Pelayo's literary criticism and his prose style.

Key Words: Menéndez Pelayo, literary criticism, style, prose.

Incuso para un licenciado en Filología Hispánica, como quien esto firma, acercarse a Menéndez Pelayo no ha sido tarea fácil y mucho me temo que seguirá siendo así en el futuro. El propósito de este artículo no es otro que conspirar contra ello. En tanto que hijo de montañés, el nombre de Pelayo y alguna de sus hazañas me fueron familiares desde pequeño. Mi padre contaba diferentes anécdotas de él, especialmente la apócrifa (atribuida por otros a Unamuno) de su conferencia sobre Shakespeare, que hubo de terminar en inglés, ante la creciente perplejidad del público asistente. Pero también me contaba que hubo de legislarse a propósito para que el muy joven Marcelino fuera admitido en las oposiciones a una cátedra universitaria. Así que un nimbo de precocidad y saberes muy bien asentados rodeaba su figura desde que tengo uso de razón.

Cuando en 1975, terminado mi Bachillerato de Ciencias, decidí —con gran disgusto de mi progenitor— matricularme en una carrera de Letras en la ciudad de Valencia, me vi de repente inmerso en la universidad de la transición. Una universidad que, si por una parte, estaba enormemente politizada, por la otra, académicamente, tendía a sumarse a todas las modas y vanguardias del

momento. Así pasamos del estructuralismo a la semiótica y nos sumergimos en el freudo-marxismo. Algo de suerte tuvimos, pues Lacan no estaba todavía tan de moda, ni el post-estructuralismo y la deconstrucción campaban aún por sus respetos. Recuerdo que pocos años después, en un curso de idiomas en la ciudad de Cambridge, a mis compañeros de diversas partes del mundo (un argentino, una polaca) se les hacía la boca agua cuando acudía a ella el término de deconstrucción. Yo inquiría por saber en qué consistía tan reverenciada escuela, pero nadie nunca fue capaz de aclararme nada. Y creo que sigo sin tenerlo claro todavía. El caso es que en nuestra universidad de la transición el nombre de Menéndez Pelayo no aparecía nunca: ni en los temas de estudio, ni en las bibliografías propuestas, ni en boca de los profesores. Era como si se tratase de un apestado.¹ Ya *Menéndez Pidal* era el mote insultante con el que designábamos a la empollona conservadora de la clase. Haber colocado *Pelayo* en el mote compuesto de la pobrecilla hubiera sido un acto de crueldad extrema, y así ese nombre ni en nuestras descalificaciones aparecía. Pero todo en la vida acaba, y así pasaron los cinco años de la carrera. Me fui recién licenciado en Filología Hispánica con un amigo a un curso sobre Fray Luis de León, organizado por la Academia Literaria Renacentista de la Universidad de Salamanca, y ¡oh milagro! descubrimos de repente que existía algo que respondía a la denominación de nuestra titulación. Asistimos a conferencias de Víctor García de la Concha —director del curso—, de Francisco Rico, recién elegido para la Real Academia Española, de Fernando Lázaro Carreter, y nos dimos cuenta de que existía la Filología Española. Entre otras cosas oíamos nombrar a Menéndez Pelayo sin ningún tipo de ironía o condescendencia, sino como un maestro del que mucho se podía aprender todavía. En otros cursos de esos años escuchamos a Juan Manuel Rozas, Ricardo Senabre, Domingo Ynduráin y se nos confirmó aquello que en Salamanca nos había producido tal sorpresa. Se trataba ahora de desaprender mucho de lo que nos habían enseñado. Poner en cuarentena las especulaciones científicas sobre la ciencia de la literatura (sea la teoría del texto de Teun van Dijk —a quien un hombre educado no debería leer jamás, según defendía el profesor Rico—, la lógica de acciones de Brémond o la teoría de los actantes de Greimas) y abrirse a la voz y enseñanza de los grandes maestros (aunque estuvieran

¹ Otro ejemplo de esa incomprensible preterición de Menéndez Pelayo se producía en los estudios hispanoamericanos. El manual de referencia de esa época, la *Historia de la literatura hispanoamericana*, de Jean Franco (1973) no citaba en ningún momento a Menéndez Pelayo, el creador de la disciplina con su *Antología de poetas líricos hispanoamericanos*, como deja muy claro Guillermo Lohman en *Menéndez Pelayo y la Hispanidad*, Rialp, 1957. Como contrapartida citemos el reconocimiento de Octavio Paz, quien, al hablar de Sor Juana Inés de la Cruz, dice: “tampoco el primer ensayo crítico de consideración fue escrito por un mexicano, sino por Marcelino Menéndez Pelayo.” *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, Seix Barral, 1982. Pág. 364.

muertos y se llamaran Curtius, Auerbach, Trilling, Spitzer, o todavía vivos como Praz y Starobinski). Recuerdo que en un libro célebre sobre picaresca, que leía mientras preparaba mis oposiciones (*La novela picaresca y el punto de vista*, del mentado Rico), se decía en un momento dado, a propósito del *Buscón* de Quevedo, "libro genial... y pésima novela picaresca". La capacidad de revelación crítica que contenía una frase tan breve valía por un detalladísimo análisis de la lógica de acciones del relato. Estaba descubriendo el genio de la **síntesis** (cosa que más tarde volvería a encontrar en Menéndez Pelayo).

Por lo que toca al objeto de nuestro estudio decir que fue provechoso el encuentro con el capítulo "Nuestros tres grandes críticos", de *Nosotros y nuestros clásicos*, de Moreno Báez, en que pondera los distintos méritos de Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal y Dámaso Alonso. Al hablar de Pelayo formula el siguiente juicio:

Maestro de ella [de la crítica] fue entre nosotros Menéndez Pelayo a quien debemos la estructuración de la historia de nuestra literatura sobre líneas, que en lo fundamental, no se han alterado. Antes de él, se estudiaron con mucho acierto diversos géneros; su vasta síntesis lo abarca todo y lo ilumina todo. Los defectos que tiene, hijos del rigor de su clasicismo que le impidió apreciar debidamente el siglo XVII, no disminuyen la solidez con que sus piezas están ensambladas. A ella concluyen todas las investigaciones anteriores y de ellas parten las posteriores. Aun en temas tratados accidentalmente dejó la huella de su poderosa garra de león. **Fácil es rebatirle en un punto concreto; imposible igualarle en la extensión de sus conocimientos, en su capacidad de síntesis, en la rapidez con que descubre los rasgos más característicos de una obra.** La firmeza de sus convicciones y el amor a nuestro pasado, que le llevaron en el plano teórico a defender la intolerancia y la Inquisición, no le impidieron atemperar su actuación política a las necesidades de su tiempo, ni reconocer el mérito de todos los que se apartaron de la ortodoxia. Su amistad con varios disidentes y su deseo de encontrar un común denominador entre nuestros filósofos paganos, judíos y musulmanes, nuestros protestantes y krausistas, que sería una de las constantes de lo hispánico, hacen de su vida y de su obra una viva lección para los españoles de todos los tiempos. Ni su entusiasmo por lo español le llevó a desdeñar el pensamiento y la literatura de los otros pueblos, ni su amor a la antigüedad le hizo cerrar los ojos a lo moderno. Su espíritu armonioso aborrecía los extremos de unos y de otros; por eso combatió no sólo a la impiedad, sino a los creyentes que en filosofía le negaron esa libertad que es compatible con la ortodoxia. Fue inmenso su influjo sobre todos los investigadores que teníamos entonces, a los que alentaba y aconsejaba. Hoy su obra es el cimiento sobre el que edifican tanto los que siguen cultivando

la crítica histórica como los que han adoptado los nuevos métodos que nos permiten calar más hondo en las obras clásicas.²

He subrayado en negrita un pasaje, pues enuncia en sus términos antitéticos lo que caracteriza al Pelayo del que podíamos oír hablar: el de los errores, el dogmático de las posiciones “muy superadas”... (parecía como si siempre que se hablara de Menéndez Pelayo fuera para perdonarle la vida); pero también del otro, del que nunca oíamos hablar: el genio sintético, la enorme penetración de su mirada, junto a la incalculable extensión de sus conocimientos (esto último le era reconocido, pero no se le daba especial importancia).

Otro momento de ese paulatino encuentro con Pelayo lo constituyó, extrañamente, un texto curioso y lateral. En el anónimo libelo *Contra los franceses (Sobre la nefasta influencia que la cultura francesa ha ejercido en los países que le son vecinos, y especialmente en España)*, publicado por Turner en 1980, se podía leer lo siguiente al comienzo del apartado “Un viento de Italia”:

Nadie como Menéndez Pelayo, **cuya sensibilidad supera con mucho a su erudición**, a pesar de lo que pueda aparentar y se nos suele decir, ha sabido columbrar y describir ese mágico momento en que penetra en España, de un modo nuevo y rotundo, la influencia de Italia.

Recuerdo que, con un amigo, especulábamos sobre el posible autor del panfleto. La devoción italiana que destilaba en su condena del influjo francés sobre la cultura española, su estilo chispeante y regocijado, al tiempo que la frase que subrayo, nos hacían pensar en el ya asiduo a estas páginas profesor Rico. ¿Quién en España se atrevería a cuestionar la erudición de Pelayo, quién, salvo él, podría reputarse por más erudito que Pelayo? Años después, en el *Canon heterodoxo*, de Antonio Enrique, leí que Sánchez Dragó lo atribuía a un librero de viejo madrileño conocido suyo. Así será, pero también otorgué entonces más importancia a lo que se valora que a lo que se cuestiona en la frase. En efecto, comencé a prestar más atención, en mis lecturas de Pelayo, a su extraordinaria sensibilidad literaria que a esa erudición portentosa de que ya teníamos muchas noticias.

La ya antigua amistad con Javier García Gibert, compañero de estudios en la Universidad de Valencia y de muchas experiencias vitales e intelectuales, que participa con un largo artículo en este número de homenaje, fue otro jalón en el

² Tomo la cita de Moreno Báez tal como aparece en el estudio crítico biográfico de Enrique Sánchez Reyes recogido en la Biblioteca Virtual Menéndez Pelayo de la Fundación Ignacio Larramendi (www.larramendi.es), pues en la edición que poseo del texto de Moreno Báez, la de Gredos de 1968, se produce alguna vacilación en cuanto a la fecha citada.



Menéndez Pelayo a los quince años.

acercamiento a Menéndez Pelayo. Una vez desaprendido todo lo que hubo que desaprender, y ya centrado en lo pertinente, este hijo de santanderino, con quien también compartí aulas en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de la capital cántabra, se convirtió en un menéndezpelayista de pro³. En su casa me solía mostrar las últimas adquisiciones del sector de su biblioteca dedicado a nuestro autor y muchas veces, al hablar sobre literatura, comparecían textos del maestro montañés y ponderábamos no

³ Las coincidencias de citas que se producen entre esta nota y su estudio recogido en este mismo número son fruto de esa visión bastante afín de nuestro autor.

sólo su erudición, sino su sabiduría, al tiempo que su enorme penetración y sensibilidad y la jugosísima prosa de su admirable estilo. Desde entonces Menéndez Pelayo pasó a ser una de las voces que se escuchan (*a distinguir me paro las voces de los ecos*) y que se tienen muy en cuenta. Es uno de los escritores que leo, si no con la frecuencia deseada, siempre con mucho placer, y que no me ha defraudado jamás.

Desde el punto de vista bibliográfico el acceso actual al santanderino resulta también especialmente difícil. Aparte de sus obras mayores, que todavía se pueden encontrar en antiguas ediciones de Porrúa o la B.A.C (los *Heterodoxos*), o incluso en *e-book*, o la reedición de los 4 tomos de *Orígenes de la novela* por parte de la editorial Gredos, el hecho es que apenas existen ediciones de bolsillo que seleccionen algunos de sus estupendos artículos o discursos, y que podrían constituir el primer escalón para un acercamiento gradual a su figura. En el momento actual, apenas cumpliría esa función la *Antología de estudios y discursos literarios*, a cargo de Mario Crespo López, y editada por Cátedra. Se trata de una edición crítica de determinados estudios de Menéndez Pelayo, a los que se sitúa rigurosamente en el contexto de su publicación (y esto es lo más destacado que aporta esta edición), pero cuya selección —muy variada y representativa de los diversos intereses del autor— tal vez no sea la mejor invitación posible a la lectura del polígrafo montañés. En ese sentido los que nos iniciamos en el mundo de las letras en los años de la transición a la democracia todavía podíamos contar con los libritos de la Colección austral (*San Isidoro, Cervantes y otros estudios, Poetas de la corte de don Juan II, El abate Marchena, La Celestina...*) o, a otro nivel, los *Discursos*, publicados por José M^a Cossío en Clásicos Castellanos, que constituían una más gratamente transitable vía de acceso a nuestro autor. Ciertamente es que en Internet, en la página web de la Fundación Larramendi se puede acceder hoy por hoy a la práctica totalidad de su obra, pero esto es más bien útil como material de consulta que no de lectura propiamente dicha. Lo ideal sería poder disponer de esa *historia de la literatura española*, cuidadosamente compuesta por fragmentos espigados de sus obras, que ya consideraba “urgente” Gerardo Diego en su conferencia de 1927 “Menéndez Pelayo y la historia de la poesía española”, y con la que seguimos sin contar. Hoy por hoy la senda que conduce a Menéndez Pelayo es más ardua que nunca.

¿Y por qué vale la pena acercarse a tal autor se preguntará el hipotético lector que haya podido llegar hasta aquí? A eso intentará responder la segunda parte de este escrito, esas *notas sueltas* a que he hecho referencia en el título.

Esencialmente lo que Menéndez Pelayo nos ofrece es un caudal de información histórica y literaria extraordinario, tamizado por una inteligencia crítica superior. En ese sentido, con su asombrosa erudición nos muestra **lo que hay**, pero también con su capacidad de síntesis no menor y su seguro juicio nos indica

lo que vale. ¡Qué mejor guía para un acceso a la dilatada república de las letras, cuya ciudadanía honorífica ostentaba el maestro!

Pero otros son los aspectos de su obra sobre los que me quiero centrar hoy: el admirable estilo de su prosa y la conjunción de retórica y verdad en sus certeros juicios críticos, espigando para ello diversos pasajes de su obra.

De su prosa podemos decir que ocupa un lugar de transición entre la prosa oratoria, declamatoria de la segunda mitad del siglo XIX, lo que viene a entenderse como prosa castelariana, y lo que sería la renovación llevada a cabo por los noventayochistas (Unamuno, Baroja, pero muy especialmente Azorín) en busca de una prosa escueta, sobria, despojada de cualquier alharaca o relumbrón. Ortega y Gasset, con su gusto por la metáfora (poderoso instrumento de conocimiento) y su moderado regreso a la retórica (aunque se trate ciertamente de otro tipo de retórica, una de cariz vanguardista) constituye un paralelo en cuanto al estilo respecto al maestro cántabro. Diría que ambos son los máximos representantes de la prosa intelectual española en la etapa final del siglo XIX y la inicial del XX. Menéndez Pelayo reconoció en el prólogo de la 2ª edición de los *Heterodoxos* su juvenil inclinación hacia la prosa oratoria y su posterior evolución hacia un estilo más sencillo y depurado:

Para mí, el mejor estilo es el que menos lo parece, y cada día pienso escribir con más sencillez; pero en mi juventud no pude menos de pagar algún tributo a la prosa oratoria y enfática que entonces predominaba.

Empresa difícil la de caracterizar el estilo de un escritor. Lo más habitual es recurrir a dos o tres adjetivos bastante generales que, supuestamente, lo definen con precisión, y así de manera sucinta parece sintetizarse ese meollo innumerable en que consiste un estilo bien logrado. Un ejemplo clarísimo de lo que decimos lo encontramos en Ignacio de Luzán cuando, en su *Poética*, pondera el estilo de los autores clásicos, llegando en su final al extremo sintético de usar sólo un adjetivo: "el estilo de Cicerón es lleno, sonoro y grande; el de Salustio puro, expresivo y nervioso; Tácito es conciso y sentencioso; Virgilio hermoso y grande; Ovidio fácil y claro; Propertio suave; Tibulo elegante; Catulo natural; Horacio sublime."⁴ Nuestro autor no puede eludir esa manera tan acostumbrada; sin embargo, en el ejemplo que citaremos a continuación podremos ver como encuadra la descripción en un rasgo caracterizador de tipo personal, que responde a su manera tan vivencial de acercarse a autores y obras. Al hablar del estilo de su maestro Milá i Fontanals escribe:

(...) el hombre de ciencia fue sobreponiéndose de tal modo al literato, que quizá el único defecto de su obra capital, y la razón única de que hasta

⁴ Ignacio de Luzán: *La Poética*, ed. Russell P. Sebold. Labor, 1977. Pág. 104.



Menéndez Pelayo a los veintidós años.

ahora su influencia no haya sido general, aunque ha sido tan honda en algunos espíritus, sea el estilo claro, sobrio, desnudo, casi matemático en que llegó a escribir Milá, no porque desdeñara el arte de composición y exposición de que en sus discursos y escritos populares dio bellas muestras, sino por un escrúpulo de precisión que llegaba a ser escrúpulo moral, como si viese en los artificios del estilo un lazo tendido a la integridad y parsimonia de la verdad científica.⁵

Caracteriza a la prosa de Menéndez Pelayo un estilo fluido, elocuente, de largo recorrido, amenizado acá y allá por un sabio uso de la retórica: las gradaciones, los paralelismos, las antítesis, la hipérbole con frecuencia, la metáfora por supuesto, y la alusión culta, que a veces es exhibida y a veces

⁵ Menéndez Pelayo, Marcelino: *Antología de estudios y discursos literarios*, ed. Mario Crespo López, Cátedra, 2009. Pág. 435.

aparece tácitamente, sin referencia expresa. En determinados momentos comparece en su prosa la ironía y el humor, lo que la dota de un gracejo muy especial.

Pasemos revista brevemente al párrafo que cierra su Discurso de 1911 con motivo del Congreso Eucarístico de Madrid, "Los autos [sacramentales] como enseñanza teológica popular":

Y así como de Sócrates dijeron por el mayor elogio los antiguos que había hecho bajar la filosofía a las mansiones de los hombres, así del arte español dramático y pictórico del siglo XVII podemos decir, salvando todos los respetos debidos a los grandes teólogos y apologistas, que puso al alcance de la muchedumbre lo más práctico y asequible, lo más afectivo y profundo de la literatura ascética, y sentó a la teología en el hogar del menestral, y abrió al más cuitado la visión espléndida de los cielos: rompiendo de gloria y apoteosis, sombras preñadas de luz, formas angélicas, tan divinas con ser tan humanas, tan castas con ser tan bellas; y todo ello para espiritual recreación de cuatro demacrados ascetas que parecen hechos de raíces de árboles, con el burdo sayal pegado a las carnes, y la mirada fija, ardiente, luminosa de quien nada puede contemplar en la tierra que iguale a los éxtasis anticipados del cielo.

Párrafo característico que se abre con una alusión clásica ("de Sócrates dijeron los antiguos") para trazar el paralelismo de la misión de aquél con la de los dramaturgos y pintores españoles del XVII ("bajar la filosofía a las mansiones de los hombres" / "sentó a la teología en el hogar del menestral"), paralelismo que resulta asimétrico, pues dota a la misión española de una carga afectiva ("hogar del menestral" frente al neutro "mansiones de los hombres") de la que carece el término de comparación. El uso metafórico de "sentó a la teología" refuerza esta afectividad y calor humano. Continúa el largo recorrido de la oración (pues todo el párrafo no es más que una oración) con otra estructura paralelística de antítesis ("tan divinas con ser tan humanas / tan castas con ser tan bellas"), para cerrar con una hipérbole negativa ("cuatro demacrados ascetas) y una nueva pareja de antítesis interrelacionadas ("burdo sayal" / "mirada ardiente, luminosa", "tierra / cielo"), no sin antes pasar por otra alusión literaria, esta tácita, no explícita: la referencia a los ascetas que "parecen hechos de raíces de árboles" procede de la semblanza que de San Pedro de Alcántara lleva a cabo Santa Teresa de Jesús en el *Libro de su vida* (27, 18: "y tan extrema su flaqueza, que no parecía sino hecho de raíces de árboles"). Como vemos, la pluma del santanderino es capaz de integrar en su texto con plenitud estética un dato erudito que procede de su inagotable fichero mental.

En su opúsculo sobre *El Abate Marchena*, que se lee con tanto interés o regocijo como una novela cuajada, encontramos algunos ejemplos de ironía humorística que no sólo ponen la sonrisa en los labios del lector, sino que le llevan a veces a la plena carcajada (las negritas son nuestras):

Reynón, que era furibundo realista, añade que el discurso de Marchena estaba «lleno de infames pensamientos que sólo el espíritu del demonio podía haber dictado»; pero a juzgar por la muestra, el **demonio no se había lucido mucho en su colaboración**, y *los infames pensamientos* más traza tienen de lugares comunes propios de una declamación estudiantil escrita en la jerga revolucionaria de aquel tiempo.

Cuando habla de la producción poética de Marchena, que considera prosaica y de muy limitada inspiración, no puede evitar la ironía y descalificación jocosa:

Muy inferiores a ésta son las demás poesías de Marchena, que él **con la misma falta de modestia va poniendo por dechados en sus géneros respectivos**. Todas ellas figuran en la colección manuscrita de París, siendo la más notable una *Epístola sobre la libertad política* (...) En general, esta epístola está pésimamente versificada, llena de asonancias ilícitas, de sinéresis violentas y de cuñas prosaicas: muestra patente de que el autor sudaba tinta en cada verso, **obstinado en ser poeta contra la voluntad de las hijas de la Memoria**.

Pero lo más asombroso del uso retórico de nuestro autor es que en él, como buen humanista, la retórica constituye un instrumento de la verdad. Así muchas veces expresa a través de una hipérbole o metáfora una idea que, de otra manera, no alcanzaría la ceñida precisión de lo que pretende manifestar. Por ejemplo, el célebre pasaje de su Discurso de ingreso en la Real Academia Española, en 1881, "La poesía mística en España", en que pondera la poesía de Fray Luis de León:

¿Quién me dará palabras para ensalzar ahora, como yo quisiera, a Fr. Luis de León? Si yo os dijese que fuera de las canciones de San Juan de la Cruz, **que no parecen ya de hombre, sino de ángel**, no hay lírico castellano que se compare con él, aún me parecería haberos dicho poco.

Pasaje donde, como decíamos, la hipérbole va de manos con la precisión. Porque, ¿cómo caracterizar lo que de superior tiene la poesía de San Juan de la Cruz, sino reconociendo que en ella ha puesto su mano algo que no responde ya a las limitaciones humanas?

Veamos un fragmento de su Discurso de contestación al de ingreso de su amigo Pérez Galdós en la Real Academia Española, 1897, en que destaca la belleza moral que a veces acude a las páginas de un escritor:

(...) realizadas por una singular especie de belleza ética que no siempre coincide con la belleza del arte, pero que a veces llega a aquel punto imperceptible en que la emoción moral pasa a ser fuente de emoción estética: altísimo don concedido sólo a espíritus doblemente privilegiados por la virtud y por el ingenio.

En pasajes como el que acabo de citar o el anterior sobre Fray Luis, y en tantos otros, alcanza Menéndez Pelayo aquella dimensión superior de la crítica que el gran humanista mejicano Alfonso Reyes denominaba **juicio** y que operaba como "dirección del espíritu". Lo cito con cierta extensión:

Llamo así [juicio] al último grado de la escala, a aquella crítica de última instancia que definitivamente sitúa a la obra en el saldo de las adquisiciones humanas. Ni extraña al amor, en que naturalmente se funda, ni ajena a las técnicas de la exégesis, aunque no procede conforme a ellas porque anda y aun vuela por sí sola y ha soltado ya las andaderas del método, es la corona de la crítica. Adquiere trascendencia ética y opera como dirección del espíritu. No se enseña, no se aprende (...) es acto del genio. No todos la alcanzan (...) no se vende ni se compra por nada la facultad interpretativa de Longino, Dante, Coleridge, Sainte-Beuve, De Sanctis, Arnold, Pater, Brandes, Baudelaire, Menéndez Pelayo o Croce.⁶

Aún querríamos indicar, aunque sólo sea de pasada, otros aspectos del maestro. Por ejemplo, su curioso conservadurismo liberal o liberalismo conservador de su etapa de madurez (abandonados determinados excesos polémicos de su juvenil ardor). Es asombroso que un tradicionalista convencido y católico a machamartillo, como alguna vez se definió, tuviera al mismo tiempo tanta amplitud de miras como demostró una y mil veces. Que admirara y estimara tanto a Galdós, a pesar de su "pública y notoria discordancia en puntos muy esenciales"; que sintiera predilección por un poeta como Lord Byron; que estudiara con entrega y pasión a tantos heterodoxos. De su estudio sobre uno de ellos, José Marchena, cito un pasaje, muy significativo en mi opinión, en que comenta el reconocimiento que el Abate hace de su lectura asidua de la *Guía de pecadores*, de Fray Luis de Granada:

El hecho será todo lo extraño que se quiera, pero su explicación ha de buscarse en las eternas contradicciones y en los insondables abismos del alma humana, y no en el pueril recurso de decir que el Abate Marchena gustaba sólo en fray Luis de la pureza y armonía de la lengua. No cabe en lo humano encariñarse hasta tal punto con un escritor cuyas ideas totalmente se

⁶ "Aristarco o Anatomía de la crítica", en *La experiencia literaria*, Losada, 1969. Págs. 104-105.

rechazan. No hay materia sin alma que la informe; ni nadie, a no estar loco, se enamora de palabras vacías, sin parar mientes en su contenido.⁷

Parece una confesión del propio Marcelino en lo tocante a esa amplitud de gustos ("En arte soy pagano hasta los huesos", como alguna vez declaró) de que antes hemos hablado. Y ya que hablamos de confesiones e identificaciones, un último apunte: sería interesante leer su discurso sobre "San Isidoro" de Sevilla, 1881, como confesión larvada del propio autor, que llega a identificarse tanto con su objeto de estudio, al punto de que en muchos momentos parecería estar hablando de sí mismo. Espigo en el texto algunos de ellos:

(...) no podía ser, ni convenía que fuese, un espíritu original e inventivo, ansioso de nuevas ideas y explorador de nuevos campos, sino un compilador paciente, un enciclopedista laborioso que yendo detrás de las pisadas de los antiguos sabios gentiles y cristianos (...) congregase y reuniese y metodizase en forma de enciclopedia el fruto de la labor de todos (...) ¿Qué importa que San Isidoro carezca de originalidad, y lo deba todo a su inmensa lectura? (...) su grande empresa debía ser transmitir a la segunda de estas sociedades la herencia de la primera. (...) Recoger, conservar, exponer, fue su propósito. (...) Y, en efecto, las *Etimologías* son milagro de erudición para aquella edad, y ni Casiodoro, ni el venerable Beda, ni Alcuino, ni Rabano Mauro las igualan. (...) Fue además San Isidoro poeta, o, a lo menos, versificador, y dejó muestras de su entrañable amor a los libros en los dísticos que sirvieron de rótulos a su biblioteca. (...) en cabeza de San Isidoro puso la antigua España todas sus glorias, haciendo de él una especie de mito científico, expresión y símbolo de toda la vida intelectual de una raza (...) Por siglos y siglos fue San Isidoro el grito de guerra de la ciencia española. (...) que aprendamos de San Isidoro a dirigir, como a último término, toda nuestra labor científica a la mayor gloria y exaltación del nombre de Cristo (...)

En efecto, pareceríamos estar leyendo una caracterización personal de quien escribe. Querríamos cerrar este escrito, que tanto ha echado mano de voces ajenas, las del propio autor y las de algunos de sus exégetas,⁸ con otra voz prestada. Con una conmovedora semblanza que le dedica Azorín en un lugar un tanto oblicuo de su obra. En una página de *Rivas y Larra (Razón social del romanticismo en España)* nos topamos con lo siguiente⁹:

⁷ Las tres citas de este libro proceden *El Abate Marchena*, 2ª ed, Colección Austral, Espasa Calpe, 1946. Págs. 38, 113 y 66 respectivamente.

⁸ Y es que, si bien se busca, hay muchísimas páginas muy ponderadas y muy atinadas sobre nuestro autor: Marañón, Laín Entralgo, Dámaso Alonso, Sainz Rodríguez, Gerardo Diego, Cossío y un larguísimo etcétera han escrito con mucha envidia sobre él.

⁹ Colección Austral, Espasa Calpe, 1967. Pág. 64.



Menéndez Pelayo a los veintisiete años, óleo de Luis Madrazo.

La remembranza que guardamos de Menéndez y Pelayo es la de un señor que va por la calle con una capita y un sombrero hongo, un señor no viejo, sí trabajado; un señor con los ojos sin luz —de tanto leer— y una barba canosa; un señor que marcha lentamente, como abstraído. Cuando le saludan, tarda un momento en darse cuenta y parece salir de un sueño. Menéndez Pelayo: libros, libros y siempre libros. Es el último gran obrero del cerebro para quien todo lo que existe es literario. Ni política, ni viajes, ni ciudades, ni campos, ni árboles. Tenía que hacer muchas cosas en la esfera de los libros; era grande la tarea que realizar; no podía salir de los libros y ocuparse en otras cosas. Por la calle se oye un estrépito de algo que pasa, no sabemos qué; pero este señor que está en su estudio tiene entre las manos un libro y no puede dejarlo para asomarse a la ventana. ¡Ah, la inmensa, abrumadora labor del querido don Marcelino! Otros, después del trabajo realizado por él, podrán asomarse a la ventana y contemplar la vida, y relacionar los libros con

las ciudades y los campos, y gustar de una síntesis del ambiente de España, formada con la literatura, el paisaje y los interiores. Pero se ha necesitado para esto que este señor, que pasa con su capita y con su hongo, como abstraído, lentamente, se quedara, de tanto leer y escribir, sin brillo en la mirada, fatigadísimo...